

Carlos Ruiz Martínez (1898 –)

Por Salvador V. de la Torre González



Al dar comienzo a esta tarea, una de las más gratas que realicé en mi vida, debo confesar que, por tener el corazón tan interesado en el feliz logro de mi buen propósito, habida cuenta de la amistad entrañable —que data de más de medio siglo—, que me une a Carlos Ruiz Martínez, me resulta harto difícil hallar palabras que, sin sonar a huecas lisonjas, fruto de un parcialismo afectivo, sean capaces de retratar con trazos firmes la figura señera de este insigne veterinario. Todas me parecen pachuchas, manoseadas, febles, sin mordiente. En vano busco vocablos nuevos, lustrosos, inéditos, con garra bastante para dejar marcados en su justo relieve los recios perfiles de sus auténticos, múltiples y excepcionales merecimientos.

Tratárase sólo de mostrarlos a nuestra generación, la suya y la mía, a quienes recibieron el regalo de sus enseñanzas, o la caricia de sus

*Dijo a la lengua el suspiro:
Echate a buscar palabras
que digan lo que yo digo.*

C. P.

* * *

favores, a los que día a día le han seguido por el arduo camino de sus trabajos de titán, de sus luchas heroicas, de sus triunfos de elegido; a los que se enorgullecen de su amistad y la gozan, Dios quiera que por muchos años, y entonces sobrarían todas; la voz más elocuente sería la del silencio emocionado; las palabras resultarían tan superfluas como lo es la lluvia al mar para aumentar su grandeza. Para ponderar el juicio que merece a sus contemporáneos de aquende y de allende el océano, el concepto que de su dimensión humana yace guardado en el sagrario de mi conciencia, bastaría simplemente con escribir entre grandes signos de admiración estas tres: ¡Carlos Ruiz Martínez! Con sólo nombrarlo quedaría realmente hecha su apología, dibujados los rasgos de su noble y señera personalidad.

Mas, como lo que pretende este libro, al agrupar tan escogida selección de figuras relevantes de nuestra ciencia es proyectarlas hacia el futuro, a fin de que sirvan de paradigma y estímulo a las generaciones venideras, procuraré hacer abstracción de toda subjetividad trazando con la levedad que pueda y la retórica que sepa unos ligeros apuntes para su peregrina y ejemplar biografía.

En las postrimerías del siglo décimonono, del seno de una familia modesta y honorable, aflora a la vida este andaluz ecuménico, en su "romana y mora Córdoba callada", la tierra prócer cuna de esa infinidad de figuras estelares que abarrotan las páginas de la Historia Universal, brillando con luz cegadora en las letras, en las artes, en las armas, en las ciencias, en todas las épocas, en todas las culturas, en todas las religiones, en todos los estamentos: Desde Maimónides, al Duque de Rivas; desde Averroes

a Juan de Mena; desde Ibs Hazm a Lagartijo, El Guerra o Manolete; desde Séneca al Gran Capitán, a Góngora, a Fernández Grilo. ¡Prodigiosa levadura de inextinta actividad que sigue en nuestros días, y es seguro que seguirá por los siglos de los siglos, alumbrando ingenios que se llamarán Cristóbal de Castro o Rafael Castejón, Julio Romero o Carlos Ruiz...!

* * *

Nació el 18 de agosto de 1898 en Córdoba. Su padre, también cordobés, de Montoro, le enseñó a llamarla "la Sultana de Andalucía".

El padre, don Antonio Ruiz y Fernández, tal como todo el mundo lo conocía en Córdoba, era un modesto empleado del muy Ilustre Colegio de Abogados de Córdoba. La madre, Carmen Martínez de la Torre, era la menor de cuatro hermanos, un varón y tres hembras, de una familia típica de la artesanía cordobesa, que de muy niñas se quedaron sin padre y fue la madre quien las crió con su trabajo. La mayor, Genoveva, aprendió a coser y llegó a tener en Córdoba un taller de alta costura con sus buenas 24 empleadas, en pleno esplendor cuando él vino al mundo. La otra, Rafaela, se casó muy joven con un pintor y la menor, la madre, pasó su larga soltería al lado de su madre cooperando en los quehaceres de la casa, y ayudando a la hermana mayor en la costura.

El hermano, que era el mayor, se fue a las quintas a Logroño, donde se casó, y como la mujer era santanderina, a Santander se fueron y allí crearon una familia encantadora.

La que había de ser madre de Carlos, fue de niña muy aplicada. Por ser la menor, fue la más mimada, pero siempre con un alto concepto de responsabilidad, ayudando a su madre y a sus hermanas, es decir, trabajando. Se casó a los 35 años y le tuvo a los 37, el 18 de agosto de 1898. Cinco años después nació su hermana.

La vida por aquel entonces no era nada fácil. Se acababa de perder la guerra de Cuba. Hubo por Andalucía una epidemia de cólera. Los soldados regresaban de América completamente derrotados. Pronto le pusieron en una Escuela de Primera Enseñanza, que había muy cerca de la casa en que los padres residían, con su hermana Genoveva (San Zoilo n.º 2), frente a un convento que llamaban de "las Capuchinas".

En ese colegio pasó cuatro años, que recuerda con singular placer. Su maestro, don Antonio Rodríguez, era un hombre excepcional en alto grado. Formidable latino, profesor de griego, un matemático de bandera y un pedagogo excelente.

Era muy serio, pero nada severo y, sin embargo, la disciplina de su escuela privada gozaba de un prestigio máximo en todo Córdoba y su provincia.

Un buen día, cuando acababa de cumplir los 9 años, se presentó el buen don Antonio en su casa, para hablar con el padre con la pretensión de prepararle para estudiar el bachillerato. Su padre consideraba que eso no era posible para él. Eran seis años de estudios, que no podría sostener y aunque la madre estaba absolutamente al lado del maestro, todo lo que consiguió fue que lo pensarían y ya se vería.

El padre lo consultó con los abogados del Colegio de Córdoba, a quienes servía, especialmente con uno, a quien admiraba, don Evaristo Jiménez Illescas, quien opinó como el maestro, animó al padre y le hizo un razonamiento tan sencillo que le convenció: "Deja al maestro que haga lo que crea más oportuno. El ingreso en el Instituto está muy difícil. Si el muchacho vale, déjale probar fortuna. Siempre estarás a tiempo de retirarlo".

En el mes de septiembre del año 1908, acudieron 30 muchachos de la escuela de don Antonio Rodríguez y 80 más de otras Escuelas, al examen de Ingreso del Instituto general y técnico de Córdoba. Carlos ingresó con el n.º 1, Sobresaliente con Matrícula de Honor, después de un examen escrito de una hora y otro oral donde había que responder a cinco profesores sobre Gramática, Elementos de matemáticas, Geografía, Historia y Religión.

Como tenía Matrícula de Honor, su padre no tuvo que pagar ni un céntimo para inscribirle en el primer año de bachillerato. Se comprende que se convirtió en el *Niño de la Bola*, como decía su tía Genoveva, no se sabe por qué. El caso es que una de sus clientes, una gran señora de la aristocracia de Córdoba, la Condesa de Zamora, ofreció a su tía una beca para él, si era capaz de concurrir a unas oposiciones

ante el Cabildo de la Catedral de Córdoba y la ganaba. La beca consistía en darle una plaza para estudiar gratis como Interno en el Real Colegio de Nuestra Señora de la Asunción; le daban la residencia y la comida, más la enseñanza y le pagaban las matrículas del Instituto todos los años, durante los seis del bachillerato, con la única obligación de no suspender en ninguna asignatura y sacar cada año, por lo menos, dos matrículas de honor.

Acudió a las oposiciones y ganó la beca. Como becario hizo todo el bachillerato. De este modo ingresó después en la Escuela Superior de Veterinaria de Córdoba.

* * *

Desde niño muestra ya de modo ostensible los quilates de su clara inteligencia, sintiéndose muy pronto atraído por los estudios biológicos, lo cual le lleva, sin ninguna clase de antecedentes familiares, sólo por espontánea y auténtica vocación, a comenzar, en octubre del 14, la carrera de Veterinaria; y lo hace con los mejores auspicios, al conquistar por oposición la beca de alumno interno —pensionado llamábamos entonces—. Y en aquel viejo y destaralado caserón de la Escuela Especial de Veterinaria cordobesa, resonarán muy pronto los ecos de su fama, empezarán a causar sensación sus abundantes éxitos académicos y entre todos los cursos cundirá la estimación admirativa hacia el destacado condiscípulo o contemporáneo, un auténtico “fuera de serie”, que desde sus inicios, por unánime asenso, es considerado como algo especialmente distinguido por su aplicación, por su inteligencia y por su actividad. Pocas hojas de estudios de aquella o de cualquier época, estarán enriquecidas cual la suya con dieciocho sobresalientes, incluido el de Reválida, y nueve Matrículas de Honor.

Adelantando un curso, termina la carrera en Junio del año 18, sin estrenar apenas sus veinte ilusionadas primaveras, y tres meses después, en septiembre, ingresa con el número uno en el Cuerpo de Veterinaria Militar. Aquel sería el primero de la serie copiosa de éxitos de que, en su momento, haremos cumplida aunque sucinta mención, a los que, huérfano de ayudas extrañas, va llegando peldaño a peldaño por la difícil escala de su laboriosa tenacidad, de su agudeza intelectual, de su increíble capacidad

de trabajo, de su fe inquebrantable, de su constante afán de superación, de su deseo ferviente de ser útil, de su perseverante esfuerzo por alcanzar escarpadas metas, convencido desde siempre, con Bernard Shaw, de que en la vida no es realmente fácil ser algo, excepto ser vulgar.

Adviene a la Veterinaria en el momento crítico de su tránsito; en el instante en que nuestra generación, heredera y seguidora de la del 98, recogía de sus manos la antorcha que había de alumbrar las anheladas y hasta entonces inasequibles reivindicaciones.

Se asoma a la palestra profesional en la feliz coyuntura en que la clase, bajo la égida de un verdadero Mesías, D. Félix Gordón Ordás, dispone sus efectivos y se apresta a dar la gran batalla de su futuro. La férrea voluntad y el genio impar de Gordón encauzan, dirigen, acaudillan a la Clase que, desde primera hora, le considera como el Apóstol de su redención y, despertando de su arcaica modorra, acomete la ingente tarea de convertir el empirismo en tecnología, la torpe rutina en coruscante ciencia, la débil mansedumbre en recia hombredad, el vergonzoso servilismo en dignidad austera.

Comienza para la Veterinaria una nueva era con la generación que todo se lo tuvo que hacer, contra viento y marea, a fuerza de paciencia y coraje, venciendo obstáculos, arrojando peligros, sufriendo injusticias, andando un largo calvario, sin dejarse vencer por el desaliento, con fe inquebrantable en su destino, imbuida poco a poco de un prudente optimismo amparado en las realidades que, paso a paso, iba conquistando su perseverante, honrado y fecundo trabajo. Victorias ciertamente escasas, discutidas y regateadas, en evidente desproporción con la lucha empeñada por su conquista, pero... ya lo dice Marañón: ¡Cuánto han tenido que sufrir los hombres, para que se escriba una línea fascinante en el pórtico de un templo, o en el pedestal de una estatua!

Al llegar aquí, siento la necesidad de hacer una pausa, para bañar mi espíritu en un lago de placenteras añoranzas.

Cierro los ojos para memorar aquellos años felices, de nuestra, ¡ay!, tan lejana juventud

dinámica y jocunda y nos veo, por ejemplo, en aquel cóncave que se aplaceraba en la "Granja el Henar" presidido por el "León leonés", asistido y animado por el verbo chispeante, la salática, la docta dialéctica, la donosura y el grajeo de Manuel Medina, Carlos Ruiz, Crescenciano Arroyo, Sánchez Márquez, Pipaón... y algunos provincianos solidarios que, de paso por la Villa y Corte, nos sentíamos atraídos por aquel Olimpo, buscando la golosina del néctar con que alimentar el espíritu, ansiosos de refrescar la mente con sus auras vivificantes, refocilándonos de paso, escuchando los mordaces y geniales dislates del "gran don Ramón de las barbas de chivo", que pontificaba en su tertulia, vecina de la nuestra, en el umbrroso y recoleto patio del café. O recuerdo aquellos ágapes íntimos en "Casa Parrita" de la calle de Arlabén, a los que gozamos pocos el privilegio de asistir; o las comidas que periódicamente se organizaban en puntos variados de la ancha geografía patria, para mantener el fuego sagrado, enardecer a los espíritus irresolutos, avivar las ilusiones mortecinas, despertar las conciencias adormiladas.

O bien, añoro aquel delicioso otoño del año veintinueve en el cual las dos congresos, —el de Barcelona y el de Sevilla— nos dieron oportunidad a los neófitos de entonces de alternar con los primates, recibiendo de ellos el fabuloso regalo de su sabia experiencia, de sus sanos consejos, compensados cumplidamente, eso sí, con nuestra envidiable y contagiosa alacridad. ¡Aquellas reuniones, al margen de los actos oficiales, en "Casa Juan" en las ramblas, pequeños sanedrines donde se derrochaba el ingenio y el buen humor, del que participaban gustosos compañeros tan conspicuos como Gallego, Rof Codina, Sanz Egaña, Armendáritx... Las noches sevillanas, llenas de poético embrujo, oliendo a nardos y albahaca, en el parque de María Luisa, en el barrio de Santa Cruz, en aquel "Patio de los Quintero", castizo colmado donde el prestigioso argentino Doctor Quevedo, acompañado de su distinguida esposa y encantadora hija, gastamos la broma cordial de hacerles creer que era costumbre de la casa mantener siempre llena la botella de olorosa manzanilla, al ser renovada con diligencia por el camarero sin la previa petición del cliente, y... claro está, tu-

vieron que marcharse antes y con tiempo, rebotantes de euforia, sin empezar siquiera la última de las que les sirvieron por orden nuestra.

O la graciosa chuscada del simpático compañero uruguayo Doctor Mendi, que nos tuvo toda la noche barzoneando por no dejarle solo en busca de un hotel, que se le había perdido, decía, sin recordar su nombre ni el de la calle en donde radicaba. Solo sé, reiteraba con machaconería, que tiene un patio maravilloso. ¡Un patio maravilloso, como único indicio para encontrar una casa en Sevilla!

Con cuánta nostalgia y orgullo recuerdo que fuimos nosotros, un puñado de amigos románticos identificados, unidos por un sincero sentimiento de solidaridad humana, por un unánime palpito de ternura, quienes crearon el Colegio de Huérfanos, dando vida al bello sueño de su Hada Madrina, doña Consuelo Carmona. Los mismos que, cuando la ciega adversidad segó la preciosa vida del insigne Abelardo Gallego, dejando su hogar, —como de auténtico sabio—, en la más triste indigencia, nos apresuramos con noble presteza a ser los primeros en suscribir una modesta cucha con la que el mayor de sus huérfanos pudo sufragar los gastos de sus estudios.

Si recordar es volver a vivir, al rememorar ahora estas anécdotas estoy resucitando, sin duda, los mejores años de nuestra vida, de la nuestra, ¿verdad Carlos amigo?, porque, si esta larga digresión pudiera parecer incongruente o fuera de lugar a algún lector, queda plenamente justificada solo con advertir que todos estos recuerdos tienen por común denominador un nombre: Carlos Ruiz Martínez.

Porque él, una de las figuras más representativas de nuestra generación, es el verdadero y principal factor de la mayoría, por no decir de todos, los acontecimientos relacionados con la Veterinaria vernácula acaecidos en el período que discurre entre los años 18 al 39 de este siglo.

Allí donde hay que rendir un trabajo, prestar un servicio, asumir una responsabilidad, ejercer un magisterio, practicar un bien, hacer un sacrificio, dar vida a una idea, desarrollar un proyecto, estructurar una organización, trabajar, allí está él, siempre en vanguardia, dándose entero, sin reservas, en beneficio de la colec-

tividad, fiel a su credo de ser útil sin ostentación, poseedor de una fe inquebrantable, dueño afortunado de tres resortes mágicos que son la triple llave de sus triunfos: claro talento, firme voluntad y prodigiosa capacidad de trabajo.

Asombra constatar el sinnúmero de actividades que simultaneaba por aquellas calendas, con tanta eficacia como diligencia, que no han declinado con el correr de los años, antes al contrario; pletórico ahora, como en sus años mozos, de energías y de ilusiones, huye del tranquilo y plácido cenobio a que le dá pleno derecho lo ingente de la tarea ya cumplida y persiste en dejar marcada en múltiples quehaceres la impronta de su magisterio a lo largo y a lo ancho de su fértil existencia, que Dios quiera dilatar luengo tiempo. Y uno se pregunta. ¿De dónde puede sacar el suyo, tan vasta, humana y sabiamente empleado?

Los primeros años de ejercicio en la Veterinaria castrense, los compaginó con los estudios de Medicina, seguidos y coronados con extraordinaria brillantez, hasta doctorarse en la Facultad de San Carlos en la Universidad Central. También por aquellas fechas ingresó por oposición en el recién creado Cuerpo de Higienistas con el número dos. El uno fue para el sabio bacteriólogo e inolvidable amigo, Cayetano López y el tres lo obtuvo otro cordobés fuera de serie: el entrañable e ilustre Doctor Fernando Guijo.

Absolutamente identificado con Gordón, aunque sin pertenecer al partido Radical-Socialista, fue desde sus inicios profesionales uno de sus más asiduos y eficaces colaboradores.

Queda dicha la insólita multiplicidad de sus quehaceres y desempeños; y para dar una idea aproximada de su extraordinario y fecundo dinamismo, bastará dejar consignado que, por aquellos años de las tercera y cuarta décadas de este siglo, sin perjuicio de atender con celo ejemplar a sus muchos deberes oficiales y particulares, —entre ellos, preparar las oposiciones y realizar los estudios de Medicina —ya dichos—, los compatibiliza y supera con el desempeño de múltiples funciones de las que solo voy a destacar por su importancia:

Redactor Jefe de las *Revista de Higiene y Sa-*

nidad Veterinaria, Semana Veterinaria y Nueva Zootecnia, dando sin cesar a los chibaletes, tanto para ellas, como para otras muchas nacionales y extranjeras, frutos óptimos de su ingenio y de su infatigable afán investigador.

Corredactor de las bases orgánicas por las que había de regularse la Dirección General de Ganadería.

Delegado de España en los Congresos Internacionales de Lechería en Copenhague y de Medicina Veterinaria en Suiza.

Director del Instituto de Biología Animal. Miembro de diferentes Tribunales de oposiciones para Directores de Estaciones Pecuarias, Jefes de Sección del Instituto de Biología y Técnicos de dicho Centro.

Consejero del Consejo Superior Pecuario. Al mismo tiempo dá conferencias, organiza Asambleas, redacta programas, dirige simposios.

Durante nuestra guerra civil no actúa como veterinario militar, pero continúa con incansable actividad, desempeñando infinidad de tareas científicas, profesionales, directoras. Y como el tiempo tiene para él una dimensión distinta y sus días muchas más de las 24 horas del cómputo, aun le sobran ocasiones para ir arrancando pétalos de esa rosa encendida que es su corazón, e ir las repartiendo dadivoso, derramando bondades, otorgando protecciones, aplicando bálsamos, prestando ayudas, desfaciendo entuertos, sirviendo, en suma, de paño de lágrimas para cuantos compañeros o amigos precisaban auxilio, —quien éstas líneas traza puede dar fe de su entrañable generosidad—, hasta que, impedido por el imperativo de las circunstancias, abandona España en 30 de marzo de 1939.

Marcha abrumado, dolorido, cruelmente decepcionado, al ver desvanecidas sus nobles ansias de fraternidad humana, al comprobar atónito cómo puede el hombre llegar a ser el lobo rabioso; dejándose atrás un rosario de recuerdos inefables. Sufre en el alma la cruel desgarradura de sentirse desarraigado de la patria, separado de los seres más queridos, carne de su carne, sangre de su mismo corazón, en pos de un destino incierto; pero va sin perder la fe en Dios y en sí mismo, esa fe suya tan firme, tan robusta, tan inabitable; pensando que es en

vano que el hombre haga planes, marque trayectorias, trace proyectos, porque hay un destino inexorable que labra nuestro porvenir, que señala nuestros pasos, al que hay que obedecer por fuerza y seguir hasta el fin. Y como aprendió de Cervantes que la diligencia es madre de la buena ventura, se siente con ánimos bastantes para adentrarse decidido, sereno, "diligente" por el camino de lo desconocido.

Comienza para nuestro arquetipo un paréntesis azaroso, una vida inquieta e inquietante, inestable, apresurada, verdadera película de aventuras, en la que cada jornada termina en un angustioso suspense, que deja el ánimo encogido, hasta ver el desenlace en el siguiente episodio: si bien, ciertamente, los primeros pasos en su exilio fueron afortunados y esperanzadores. Por aquellas fechas, vivió interesantes y aleccionadoras experiencias para su espíritu emprendedor, siempre en afán de nuevos horizontes. Incluso tuvo en aquellos momentos iniciales de su nueva vida oportunidades de practicar el bien, acordando sus acciones con la hidalguía de sus sentimientos. Fue casi dos años más tarde, en diciembre de 1940, cuando, empujado por la situación caótica en que Francia se debatía, sumida en los horrores de la segunda Guerra Mundial, hubo de dar un salto en las tinieblas abandonándose al destino a bordo del "Alsina" para correr una trágica odisea de infausta recordación, que había de prolongarse hasta aquel rutilante día mil veces venturoso, diez de diciembre del 41 ¡Un año después de su salida de Marsella!, cuando, nuevo Rodrigo de Triana, pudo gritar ¡tierra! y posar luego sus plantas en la pródiga y hospitalaria Venezuela, su segunda Patria, en donde, por fin, tras el largo calvario, comenzó a gozar las inefables delicias de una auténtica resurrección.

Por ahora, marzo del 39, no ha sufrido todavía las amargas desventuras que más tarde le agobiaban. Por lo pronto entra en Francia, al parecer con buen pie, pues, sin darle tiempo a meditar en su situación ni en la problemática que le ofrece su arcano porvenir apenas llegado a Perpignan parece que es su Ángel Custodio quien le lleva de la mano ante Xavier Leclainché, a la sazón Director de Asistencia Social en el Ministerio de Sanidad, hijo del eminente profesor Emmanuel, Director en París de la Oficina

Internacional de Epizootias, su maestro y amigo, con quien, acto seguido, se pone en contacto telefónico. El eximio sabio, sobre la marcha, sin titubeos ni afectación, con la sencilla naturalidad de las almas grandes, le brinda generoso la elección entre dos puestos a ocupar de momento: En el Instituto Pasteur de París, dirigido por el Profesor Ramón, el insigne descubridor de las anatoxinas, o en el Ministerio de Sanidad, como Director de Sanidad español adjunto a la Dirección de Asistencia Social Francesa, para prestar ayuda a los refugiados españoles.

Sabe perfectamente que en el primero de estos cargos tiene un espléndido porvenir, por cuanto llega a él con el equipaje de su sólida preparación científica y la investidura de Director del Instituto de Biología Animal de Madrid, que aún ostenta, pero no lo duda ni un instante. Su hombría de bien, su sincero y acendrado altruismo, le dicen claramente que su obligación y su devoción, su amor y su honor, no permiten disyuntiva. Su puesto está en donde pueda ayudar a los amigos, a los compañeros, en esos terribles momentos de la expatriación.

Y a ello se aplica con unción apostólica. En breves días su proverbial diligencia y la autoridad que le confiere el flamante cargo, obran prodigios. Cambia el dolor y la angustia de cautivos y refugiados en serena y esperanzadora conformidad; les proporciona alimentos para el cuerpo y sedantes para el espíritu; instala escuelas para los hijos, busca puestos de trabajo dignos y ajustados a la respectiva disposición, con lo que se alivian las necesidades perentorias; localiza y reúne a familias desperdigadas por el éxodo; provee de documentaciones, consigue traslados, organiza, en fin, dos Hospitales, Militar y Civil, para asistencia de los compatriotas refugiados que lo precisen.

Así, embebido en esta noble tarea, en este esfuerzo agotador, hasta marzo del 40, cuando los continuos bombardeos alemanes constituyen un constante peligro y aconsejan resolver con urgencia la salida del mayor número posible de refugiados, evacuar los hospitales, cerrar las escuelas, repatriando a los niños y marchar, por fin, él mismo, hacia París, a cuyo Instituto de Hemoterapia y Seroterapia ha sido destinado como Director de la Sección de Producción de

Sueros, con la misión de elaborar Hemostil para los Hospitales de Sangre.

Toma, pues, a su cargo la obtención de suero normal de caballo que, para atender a las necesidades del momento, significa la sangría diaria de cuatrocientos caballos, cinco días cada semana. Es decir, asume un puesto de enorme trabajo y gran responsabilidad en el gigantesco mecanismo sanitario de la Francia en guerra y sale, como siempre, airoso del empeño y aureolado de prestigio.

Juzgando irreflexivamente la ágil desenvoltura con que solucionó esta y todas las emergencias de su largo peregrinar, resulta fácil incurrir en el error, hartó frecuente, de achacar los triunfos a su buena estrella y próspera suerte. Pero, a poco que se medite sobre el caso, hemos de convenir en que, sin negar radicalmente la parte que corresponde al influjo de la fortuna en los acontecimientos de la vida, el azar, como dice Pasteur, no favorece más que a los espíritus preparados y ese es precisamente el secreto de los éxitos, un secreto a voces, que todos pueden escuchar, pero muy pocos saben atender y que consiste en estar bien dispuestos para cuando se presente la ocasión poder aprovecharla. En el mercado de los valores humanos, solo puede "cambiar la onza" el que la tiene; y el Doctor Ruiz Martínez atesora tantas onzas en su escarcela intelectual que, por fuerza, había de ser millonario de logros felices.

Es ahora, cuando el discurso de los acontecimientos parece asegurarle que ha entrado por buen camino de su redención, cuando precisamente los horrores de la hecatombe bélica le obligan nuevamente a cambiar de rumbo, lanzándole esta vez, con crueldad inusitada, hacia lo desconocido.

Diciembre del 40. Embarca en Marsella para el continente americano, en busca de la razón que el viejo mundo parece haber perdido. Pero, antes de arribar a la tierra de promisión, cuántas zozobras, cuántos peligros, cuántas congojas, cuántas calamidades, cuántas horas de incertidumbre y desaliento, habrían de quebrantar su cuerpo y conturbar su alma, alargando desesperadamente aquellos doce interminables meses que le separaban del inefable momento en que había de hallarse ante su Angel Custodio en el

soñado Paraíso.

Sí, allí estaba, —¡Bendito sea Dios!—, el Embajador de España, don José Antonio Sangroniz, su buen amigo, a cuyos valiosos oficios debió el reunirse ¡al fin! con la esposa y con el hijo amados o, dicho de otro modo, recomponer la cruenta desgarradura de su vida.

Entonces, llegando hasta San Francisco, al que hacían guardia de honor las ceibas gigantes vestidas de novia con su alba floración, pudo penetrar en el vetusto templo, y allí, mientras soñaba, ébrio de felicidad, que celebraba unas nuevas nupcias espirituales, sentir en los últimos repliegues de la conciencia las profundas reflexiones del genial médico enamorado de Toledo: "La vida es un destino en lo universal. Lo he perdido todo, me dirás tú, o aquél, o el otro, desterrados como yo, pero todo lo que hemos perdido, todo eso sin lo cual creíamos que no podríamos vivir, ahora vemos que no era nada. Y el haber aprendido esta verdad, ¿No vale la pena del dolor que nos ha costado saberla?"

Con el resurgir de su vida vuelve la reincorporación al trabajo, que es la razón de su vida, que es su vida misma. A él se entrega con ardor vocacional, estrenando nuevas ilusiones, inmerso en ese afán constante de ser útil a la humanidad, al prójimo al que ama cumpliendo fervoroso el mandamiento del Decálogo. Y aquella tierra que, como a hijo dilecto, le abre los brazos maternos, recibe en pago, con su filial devoción, todo su vasto caudal científico con el que fertiliza notablemente el acervo veterinario y el patrimonio ganadero indígenas. Porque, cumpliendo su sino de oportuno y eficaz, llega a la hermosa Patria de Bolívar en el preciso momento en que hay que rendir el máximo esfuerzo, si se quiere salvar a la Veterinaria y a la cabaña nacionales del grave marasmo en que se hallan. En aquella Venezuela de los años cuarenta se está repitiendo la historia profesional española de principio del siglo y allí nuestro perínclito neófito no tiene más que continuar su brillante trayectoria hispano-francesa y poner su talento, su doctrina y su experiencia al servicio de la cosa pecuaria, en su doble vertiente científica y económica. Y lo hace con su acostumbrada eficacia y con tanta modestia, tacto y donosura, que se muestra a las generaciones

sucesoras como un apoyo y no como un competidor, siendo para todos confidente y maestro, pero nunca rival.

Bien puede afirmarse que, para la ciencia Veterinaria y, en general, para los estudios biológicos de Venezuela durante las tres últimas décadas, ha sido y sigue siendo, el insigne cordobés, una de sus figuras más destacadas y de mayor prestigio internacional.

Desde su llegada a Caracas se cuentan por triunfos sus actuaciones. Su vida, aureolada de fama, discurre por un sendero de rosas. Ha sido en el país hermano cuanto se puede ser, cuanto el deseo más desbocado pueda ambicionar, todo conquistado de buena ley, a fuerza de talento, de laboriosidad, de competencia, de simpatía, de bondad, de exquisitez.

A poco de llegar es nombrado Jefe de la División de Información Técnica en la Dirección de Ganadería y Consejero en el Instituto de Investigaciones Veterinarias. Luego, sin cesar y al ritmo que corresponde a la eficacia de sus actuaciones, irá siendo: Profesor de Histología e Histopatología, de Patología general y de Parasitología en la Facultad de Ciencias Veterinarias.

Delegado Permanente de Venezuela en la Oficina Internacional de Epizootias, —alto organismo que ampara el desarrollo de la ganadería mundial y su estado de salud y, con ella, la salud de la humanidad—, del que después sería Secretario, Vicepresidente y, por último Presidente desde 1964.

Miembro del Consejo Nacional de Investigaciones Agrícolas. Encargado de la Secretaría Técnica de la Dirección de Ganadería.

Secretario General de la Delegación Venezolana en el XIV Congreso Internacional Veterinario de Londres.

Miembro de la Comisión Veterinaria enviada a Europa por el Gobierno para estudiar las explotaciones bovinas y la organización del Instituto de la Fiebre Aftosa de Suiza y la organización del Instituto de Investigación Veterinaria de Alfort-Francia.

Delegado del Ministerio de Agricultura y

Cría a la primera convención Forestal celebrada en Barquisimeto.

Secretario Ejecutivo del Comité Nacional de la lucha contra la fiebre Aftosa.

Delegado del Ministerio de A. y G. a la tercera Asamblea general de la Unión Internacional para la protección de la Naturaleza, celebrada en Caracas.

Delegado de la O.I.E. ante el Gobierno de Colombia, para asesorar sobre los problemas planteados en dicho país por la fiebre aftosa.

Miembro de la Delegación del Gobierno de Venezuela en la segunda conferencia de Producción Animal celebrada en Brasil, bajo los auspicios de la F.A.O.

Delegado de la O.I.E. en la Conferencia Interamericana celebrada en Panamá.

Delegado de la O.I.E. en la Segunda Conferencia de Producción Pecuaria que, organizada por la F.A.O. se celebró en Buenos Aires, Argentina.

Miembro de la Delegación a la Primera Conferencia Regional Antiaftosa, de Bogotá.

Miembro de la Delegación a la Segunda Conferencia Regional Antiaftosa de Maracay, de la que fue elegido Secretario.

Miembro activo del Primer Congreso Nacional de la Salud Pública —Caracas—, y colaborador en la ponencia sobre Zoonosis y Salud pública.

Director *ad honorem* de la Sección Regional Americana de la O.I.E., con sede en Caracas.

Miembro del Comité de Dirección Técnica de la revista veterinaria italiana "Zooprofilassi", órgano del Instituto Zooprofiláctico Experimental del Lacio y de la Toscana en Roma.

Consejero Técnico de "Protinal" C. A. y Director de la revista que edita.

Presidente de la Primera Conferencia Americana de la O.I.E., celebrada en México.

Asesor, *ad honorem*, del Ministerio de Agricultura y Cría en la Dirección de Sanidad e Industria Animal.

Miembro principal de la Junta Administrativa del Fondo de Investigaciones Agropecuarias.

Miembro de la Junta Directiva del Colegio de Médicos Veterinarios en varias ocasiones.

En las Asambleas Plenarias de la O.I.E. ha sido ponente en infinidad de temas, entre los que se destacan:

Organización de los Servicios Sanitarios Médicos Veterinarios en Venezuela.

Los nuevos ectoparasitoides en Venezuela

La estomatitis vesiculosa en el ganado. Su importancia en el problema de erradicación de la fiebre aftosa.

La enfermedad respiratoria crónica de las aves.

La encefalomiелitis equina en las Américas.

La cría de truchas en Venezuela.

Epizootología y Profilaxis Regional de la rabia paralítica en las Américas...

¿A qué seguir? Por muchas páginas que añadiéramos a esta relación, no nos sería posible esquilar la fabulosa cosecha de sus trabajos científicos, verbales y escritos.

Su pluma no descansa; con sencillez, que no excluye la galanura, con esa difícil facilidad de los ingenios cultivados, va llenando día tras día millares y millares de páginas.

Comentarios, artículos, ponencias, comunicaciones, folletos monográficos, libros, van formando un apretado cuerpo de doctrina que, sin duda, representa uno de los pilares básicos sobre el que se apoya la espectacular transformación experimentada por la ciencia y la economía de aquel país.

A su ágil y docta péñola se debe el principal aporte para la orientación y ordenación de la Dirección General de Ganadería en el Ministerio de Agricultura y Cría. Ella, la que asiduamente llena millares de páginas de la Revista Pecuaria, de la Asociación Nacional de Ganaderos, en la "Gran colombiana" de Zootecnia, Higiene y Medicina Veterinaria, del Ministerio del ramo, en el Boletín de Información de la

Dirección de Ganadería de Caracas, en la "Veterinaria Venezolana", en la Revista "Protinal", todas ellas, bajo su dirección, modelo de publicaciones científico-profesionales, en las que va marcándose indeleble la impronta de sus conocimientos tan vastos como profundos, su parejo dominio de las ciencias biológicas y de las históricas. Ella, en fin, la que enriquece de modo notable la bibliografía veterinaria, dando fecunda a la estampa, hasta medio centenar de libros, muchos de los cuales sirven, o han servido, de texto en diversas Facultades y Centros docentes y en los cursos de microbiología del Instituto Pasteur.

Su brillante tesis doctoral, para convalidar el título, ante la Facultad de Ciencias Veterinarias Venezolana y todos sus trabajos de investigación, han sido factor decisivo para la mejora de aquella ganadería.

En efecto, causa asombro la labor desarrollada por la Veterinaria de Venezuela en los tres últimos decenios. Todo el país reconoce y aplaude sin reservas, la meritisima actuación. A 21 de julio de 1965 publicaba el "Nacional": Los veterinarios, que hoy celebran su día, han contribuido en forma extraordinariamente importante al actual desarrollo científico y económico de Venezuela.

Pues bien, de esa importante contribución, ¿qué parte corresponde al doctor Ruiz Martínez, desde su arribada a Caracas? Tanta que puede afirmarse, sin temor a hiperbolizar, que nada ha escapado a su dirección o a su ayuda.

Es imposible superar, y muy difícil igualar, su triple labor como autor, como investigador y como ejecutor. Como autor prolífico de tantas obras, que son modelo de doctrina y de legislación sanitaria. Como investigador, en su labor paciente y callada en busca de los agentes patógenos y de los medios de combatirlos. Como profesional activo, encargado de aplicar los adelantos de la ciencia para la erradicación de la tuberculosis, de la fiebre aftosa, de las parasitosis, de la peste porcina, en suma, para la salubridad, mejora y engrandecimiento de toda la cabaña venezolana y de su población humana. Grandioso resultado —lo diré con palabras suyas—, que no puede improvisarse porque la grandeza ha de ser creada mediante el trabajo.

Por ese trabajo constante y consciente, incluso abnegado y heroico se ha conseguido el milagro de levantar a la ganadería indígena desde una extrema postración muy próxima al eclipse total, a una firmeza presente lozana y prometedora que, si en todas las especies de abasto no ha llegado aún en cantidad y calidad, al límite de producción que el espectacular desarrollo demográfico de aquel país necesita, no es menos cierto que avanza con paso firme por el mejor camino para alcanzar la meta.

De aquella vaca enclenque, extenuada, que daba al año la leche justa para malcriar su becerro y proveer con mezquindad a la familia del granjero, a la actual, que abastece holgadamente durante todo el año a veinte personas. Del cerdo paupérrimo, que a duras penas alcanzaba los 50-60 kilos al año, al que ahora en cinco meses y medio pone los 90 kilos en la báscula. De la mediocre producción de 30-40 huevos anuales, a los 250 de postura media actual.

La elocuencia de estas cifras estadísticas no necesita comentarios; basta decir, como el vate de la "Cena jocosa":

"Esto, Inés, ello se alaba
no es menester alaballo."

Pero sí merece alabanzas, reconocimientos y gratitudes, aunque los rehuya su excesiva modestia —esa modestia que es el mayor y el mejor de sus méritos, con el que procura cubrir los otros muchos que le adornan—, quien ha sabido entregarse íntegramente, en cuerpo y alma, con vocación y con devoción, con entendimiento y con voluntad, con amor y con fe, al servicio de la Veterinaria, que quiso colocar siempre por encima de todas las demás disciplinas de su competencia. Bien las merece el que puso su vida entera a las plantas de sus dos patrias, la de nación y la de adopción, a las que tanto prestigia y enaltece.

Por eso, porque lo demanda la justicia y lo clama la unánime admiración, parece como si el océano, en vez de separar, aproximase a los dos países, uniéndolos con un puente espiritual, para que sus compañeros, sus amigos de las dos orillas atlánticas se estrechen en un gigantesco abrazo de hermanos, izando sobre el pavés a

uno de los mejores, mientras ambos pueblos comanditan el mutuo derecho a honrar al hijo común de la raza.

No importa, repito, que su sincera humildad pretenda a todo trance quitar importancia a sus brillantes méritos, —las nubes, dice R. Tagore, se atavian de magnificencia y el sol no tiene más que una sencilla túnica de luz—, para que esos pueblos, en noble emulación patenticen al hijo recíproco la alta estima en que tienen sus inapreciables servicios.

Mientras en Córdoba, su cuna, es nombrado académico correspondiente de la Real de Ciencias, Nobles Letras y Bellas Artes y en Madrid le recibe en su seno la Academia de Doctores, Venezuela le concede la nacionalidad, le condecora con la orden de máximo rango de Francisco de Miranda y, con ocasión de cumplirse el trigésimo aniversario de su estancia en Caracas, le ofrenda un cálido homenaje en el cual recibe de cuantos con él trabajaron, —entre los que figura el más alto dignatario de la Nación— un valioso regalo con las firmas de todos.

Eso está muy bien, pero a él no le engríen los agasajos, ni le embriagan los laureles. Los agradece, sí, le llenan el alma de puro gozo, pero solo le sirven de acicate para seguir sin descanso en su puesto de gastador, abriendo caminos, despejando horizontes al ejército de la ciencia.

Con el ahinco de su voluntad, inaccesible al cansancio y los bríos de una juventud siempre verdecida, este hombre tan veterinario o, mejor, este veterinario tan hombre, habiendo aprendido de Cicerón que la vida es breve, pero lo suficientemente larga para hacer de ella una cosa buena y honesta, se apercibe para lograr que la suya sirva de hito y ejemplo a la juventud estudiosa. Se dispone a esperar con la mayor dignidad a la vejez en el caso improbable de que algún día pudiera llegar a sentirse viejo.

Hoy por hoy, sólo cabe esperar que esa media centena de sus libros sea incrementada con nuevas aportaciones, sin tregua ni desmayo.

Su descanso, el pelear, como don Quijote, luchar denodadamente con la ciencia para ir arrancándole sus secretos en beneficio de la humanidad.

El debió saciar en la fuente Hipocrene su sed hidrópica de sabiduría adquiriendo el don divino de cantar la ciencia. Y la canta, no metafóricamente, sino en el más estricto sentido del vocablo; la canta con la galanura de un andaluz de casta y con el estro poético de un veterinario integral.

El donaire, el gracejo andaluz, no creo que necesite explicación, ni que pueda ser objeto de controversia. Es esa agudeza, ese garbo, ese don especial de que gozan con raras excepciones, cuantos tuvieron la suerte de nacer al lado acá de Despeñaperros, en esa privilegiada extensión mimada por Dios que es "la tierra de María Santísima".

En cuanto al estro poético que le atribuyo por su condición de veterinario, tiene más que explicar y así lo voy a hacer, como ya lo hice en diversas ocasiones.

Fue de antiguo, y aún sigue siendo creencia muy generalizada, la que estima a la profesión veterinaria como totalmente materialista, como polo opuesto a todo lo espiritual o poético. Y, en mi concepto, nada hay más erróneo que dicha apreciación. Por ser ésta una disciplina que exige del profesional un constante e íntimo contacto con la naturaleza, ella le enseña a interpretar la más fielmente y a servirla mejor. No es sobre el pulido asfalto sino sobre la rugosa corteza del campo, donde se comprende a Dios con mayor hondura y se goza con más intimidad de Su obra. Clavando los pies en la tierra, por lo que tenemos de barro, pero batiendo las alas hacia el azul, por lo que tenemos de ángel. Señalando al suelo con las alforjas de Sancho y apuntando a las nubes con la lanza de don Quijote.

Hay que mirar al campo, a la cabaña con ojos de economista, de biólogo, de zootécnico, pero hay que contemplarlo también con los ojos del alma, para empaparla de su belleza y sedar las inquietudes y preocupaciones de cada día con el baño tibio de la inefable paz bucólica.

Mirando al campo, Homero, y Ovidio, y Virgilio escribieron la Iliada y las Metamorfosis y las Geórgicas. Pisando sus senderos, bebiendo en sus arroyos, Esopo filosofaba con los animales y "el mínimo y dulce Francisco", dialogaba

con las bestezuelas del Señor. Es en el campo donde el cielo es más diáfano y el sol más luminoso y el aire más puro y los hombres más buenos.

Carlos Ruiz sabe verlo de ambos modos, siente en lo íntimo de su entraña la sublime armonía de la naturaleza y con igual maestría utiliza el estilo para desentrañar y transcribir los misterios de la ciencia o el arpaolía para obtener las dulces resonancias poéticas. Bien lo patentiza a lo largo de su extensa producción y se saborea, por ejemplo, en el bello canto al caballo, en la dedicatoria de su Patología Infecciosa, que parece inspirado por el poeta árabe Mirza Shafly cuando dice: El paraíso de la tierra solo se encuentra sobre el lomo del caballo, o en el corazón de la mujer.

Quien, como él, ha sido capaz de conjugar tan armoniosamente el crear con el creer, la ciencia con el ensueño, obligado a veces, por hábito y por deber profesional, a madrugar con la aurora, cuando, como en el romance del Cid "apriesa cantan los gallos et quieren crebar albos", se habrá extasiado en más de una ocasión, contemplando algún rebaño que salió a la amanecida y ya se desparrama abullonando de blancas vedijas las lomas que verdegan entre apretados carrascales, o los habrá visto regresar al véspero, antes de que el cielo se vista de luto porque se le muera el sol.

No fue en la urbe sino en el agro donde, sin duda, se aquilataron los altos valores humanos que adornan al doctor Ruiz Martínez. Allí, viendo sobre la tierra, que el trabajo esponja y el sudor santifica, el milagro de cada floración bajo la azul sonrisa de los cielos surcados por las aves cantando hosannas a la primavera. Mirando por otoño en la besana a las dóciles yuntas dilatar sus ollares con los chorros del resollar potente, acompasado con las cadencias del gañán. Contemplando emocionado en el aprisco a la mansa cordera lamer amorosa el tierno recental, mientras le bala su canción de cuna.

Es en el campo, sí, donde se siente la alegría de una lluvia temprana, o de un viento favorable; donde se saborea el placer de saciar la sed en el remanso cristalino, en el que se copian los lirios y las espadañas; donde se goza

en un amanecer radiante de verano, viendo como del mar de espigas, herido por los cuchillos del sol, brotan los rojos cuajarones de las amapolas: donde se puede admirar, en fin, la dulce majestad del Angelus, cuando, en el silencio augusto de la paz geórgica, parece como si la naturaleza toda se postrase de rodillas en acción de gracias al Creador, mientras el labriego, al remate de la diaria tarea, encamina parsimoniosamente sus pasos guiados por la tenue nubecilla de humo del hogar que le aguarda.

Este es el hombre; esta es la historia de la vida de Carlos Ruiz Martínez. Bueno, a decir verdad, no es más que el borraje de su historia solo puesta en fáfara por mi torpe pluma, que no ha sabido dar la medida exacta de su verdadera dimensión, por lo que vengo a resultar un deudor oneroso, tanto del interesado, cuanto de los posibles lectores. Humildemente demandando el perdón del uno y de los otros, con la esperanza de alcanzarlo, ya que, aunque el retrato salió de mi pluma temblorosa y pobre de expresión, la nobleza de sus rasgos proporcionará a cuantos lo examinen la certidumbre de que nació con signo positivo.

Alimentado su espíritu con los jugos nutricios de su tierra luminosa, lleva en su sangre bríos del Gran Capitán y Ciencia de Averroes y filosofía de Séneca y exquisiteces de Góngora y Juan de Mena y memoria, entendimiento y voluntad de todos sus ilustres coterráneos pasados, presentes y futuros y quintales de trabajo y toneladas de bondad. Porque, en fin de cuentas, si tuviera que definirse la personalidad de este cordobés ecuménico, de este amigo entrañable, con dos solos rasgos que superen y dominen al resto de sus extraordinarias cualidades, serían estos dos: Trabajador. Bondadoso.

Trabajador, infatigable, codicioso, yo diría que heroico, hasta hacer del trabajo la única razón de vida, inaccesible al desmayo, taumaturgo del tiempo, multiplicador de las horas, lleva realizada una labor que representa el esfuerzo de muchas mentes y muchas vidas.

Bondadoso, hasta lo inefable: dispuesto siempre a hacer el bien por el bien mismo, sin estímulo de recompensa, por propia e íntima satisfacción. Hasta en momentos críticos en los que la adversidad parecía querer destrozar a

dentelladas su fortaleza, cuando la reacción normal hubiese sido la del pedernal, mellando el puntero que le desbastaba, su espíritu ha reaccionado siempre como el sándalo, perfumando el hacha que lo corta.

Su innata bondad no le deja ver más que el lado afable de las cosas y de los hombres, derivando de cada situación las consecuencias más favorables para su prójimo.

Con un mismo fuego, dice San Agustín, el oro se afina y la leña se quema. Con un mismo trillo, el trigo se limpia y la paja se quebranta, con una misma tribulación el bueno se mejora y el malo se arruina.

Por eso, este bipatriota, que es trigo candeal y oro purísimo y probidad hecha carne, ha sabido conquistar para siempre el cariño y la admiración de sus dos pueblos: Del en que está, porque convivir con Carlos, apreciar su valía y quererle todo es uno y lo mismo. Del en que estuvo, porque cuando un hombre bueno y noble ha vivido en un sitio, aunque se ausente, no desaparece del todo nunca; deja tras de sí una estela luminosa como ocurre a las estrellas apagadas que seguimos viendo brillar durante siglos.

Para regalo de amigos y compañeros actuales, ejemplo y enseñanza de quienes nos sucedan y maravilla de todos, los años no pasan por él, aunque él pase por los años, dejando en todos testimonio de su valiosa presencia. Vive ahora su segunda juventud; la disfruta y utiliza a pleno rendimiento: y como piensa, con André Maurois, que envejecer es solo una costumbre que un hombre ocupado no tiene tiempo de adquirir, se dispone a seguir gozando indefinidamente de tan prodigioso privilegio y a llenar todas sus horas con un afán renovado y ambicioso: buscar la verdad para ofrendarla a la Ciencia y a la Vida. Amén.

PUBLICACIONES

I. EN LA REVISTA DE HIGIENE Y SANIDAD PECUARIAS. Madrid, España.

1. *Cátedra ambulante de Histología. Elementos de Histología general y especial Veterinaria. Cursillo dado en Santander por el Profesor Abelardo Gallego* (con ciento cinco

- grabados). T. XIX; pág. 4.
 2. *Monstruo sincefaliano en una oveja* (con tres grabados) T. XIX; pág. 637.
 3. *Contribución a la diferenciación histológica de los embutidos y a la investigación de gérmenes en los mismos.*
 4. *Crónica sobre el IX Congreso Internacional de Lechería.* T. XXI pág. 527.
 5. *Acción hemostática del "Clauden"* T. XXI; pág. 756.
 6. *La pielografía intravenosa en el perro.* T. XXII; pág. 903.
 7. *Estudio de las lesiones anatómicas e histológicas en dos casos de actinomicosis de mama en la cerda* (con cuatro microfotografías). T. XXIII; pág. 139.
 8. *Un caso de reacción alérgica positiva en un caballo atacado de ascárides.* T. XXIII; pág. 245.
 9. *El *Haemcproteus columbae*.* Nota parasitológica (con dos láminas en color). T. XXIII; pág. 367.
 10. *Contribución al estudio de la esteatonecrosis* (con tres microfotografías). T. XXIII; pág. 370.
 11. *Cajal y su obra.* T. XXIV; pág. 919.
 12. *Un estudio histopatológico de la tuberculosis muscular en la vaca* (con siete microfotografías). En colaboración con Crescenciano Arroyo Martín. T. XXIII; pág. 374.
 13. *Aportaciones sobre el poder antigénico de los microbios vivos y muertos.* T. XXV; pág. 5.
 14. *Contribución al estudio de la exotuberculosis de Finzi.* En colaboración con Colomo de la Villa. T. XXV; pág. 169.
- II. DURANTE SU RESIDENCIA EN VENEZUELA.
1. *Historia de la Medicina Veterinaria en la Antigüedad.* Editada por el Ministerio de Agricultura y Cría (MAC). 1946.
 2. *La Fiebre Aftosa.* Naturaleza. Historia. Virus. Transmisión. Síntomas. Diagnóstico. Inmunización. Policía Sanitaria. Medidas de Control en Europa, en Estados Unidos y en Venezuela. Importancia económica. Bibliografía. Editada por el M.A.C. 1947.
 3. *Alimentación Racional del Ganado.* Editada por el M.A.C. 1947
 4. *El Contagio y las Pestes a través de la Historia.* XII Conferencia Sanitaria Panamericana. Caracas. 1947.
 5. *Climatología Zootécnica.* Editada por el M. A.C. 1947.
 6. *La Anemia Infecciosa del Caballo.* Editada por el M.A.C. 1947.
 7. *Hematología Veterinaria.* Editada por el M. A.C. 1947.
 8. *La Mamitis de la Vaca.* Editada por el M. A.C. 1948.
 9. *La Medicina Veterinaria de la Edad Media.* Editada por el M.A.C. 1948.
 10. *Conservación de los Alimentos por el frío* Editada por el M.A.C. 1948.
 11. *La Sulfamidoterapia en Medicina Veterinaria.* Editada por el M.A.C. 1948.
 12. *La Situación Mundial de la Ganadería.* Editada por el M.A.C. 1949.
 13. *Organization des Services Sanitaires Vétérinaires au Venezuela.* Editada por la Oficina Internacional de Epizootias (OIE) 1949.
 14. *Les maladies infectieuses du bétail au Venezuela.* Editada por la O.I.E. 1949.
 15. *Les nouveaux ectoparasitocides au Venezuela.* Editada por la O.I.E. 1950.
 16. *La Stomatite vésiculeuse. Son importance dans le problème d'éradication de la fièvre aphteuse.* Editada por la O.I.E. 1952.
 17. *Recopilación Documental sobre Fiebre Aftosa en* (seis volúmenes). Editados por el Instituto de la Fiebre Aftosa de Venezuela. Vol. I, 1952; Vol. II y III, 1953; Vol. IV, V y VI, 1955. 1952, 53 y 55.
 18. *Pathologie Aviaire. La maladie Respiratoire chronique des volailles.* Editada por la O.I.E. 1956.

19. *Los Orígenes de la Ganadería*. Editada por la Revista Shell n.º 20, Septiembre de 1956. 1956.
20. *Como puede contribuir la Facultad de Medicina Veterinaria al Desarrollo económico de Venezuela*. Tesis de Grado. 1959.
21. *Información Documental sobre la Oficina Internacional de Epizootias*. Editada por el M.A.C. 1961.
22. *Aspectos Agropecuarios de Salud Pública de la Contaminación radiactiva en situaciones normales y de emergencia*. Editada por el M.A.C. 1961.
23. *Epizootología y Profilaxis Regional de la Rabia Paralítica en las Américas*. Editada por Protinal C.A. 1961.
24. *Rapport sur la Santé Animale au Venezuela au cours de l'année 1960-1961*, Editada por la O.I.E. 1961.
25. *L'encéphalomyélite équine dans les Amériques*. Editada por la O.I.E. 1962.
26. *Introduction a la Premiere Conference Americaine de l'Office International des Epizooties*. Editada por la O.I.E. 1962.
27. *Eléments d'un bilan bi-centenaire sur la prophylaxie vétérinaire*. Editada por la O.I.E. 1962.
28. *La Cría de Truchas en Venezuela y las Enfermedades de las Truchas*. (Simposio de la O.I.E. en Torino, Italia). 1962.
29. *La Explotación Avícola en el Mundo*. Como puede contribuir la Avicultura a la solución del problema del hambre. Influencia de las Empresas privadas en el desarrollo Avícola del País. Editada por Protinal C.A. 1963.
30. *La prophylaxie régionale anti-aphteuse*. Editada por la O.I.E. 1963.
31. *Epizootología y Profilaxis regional de la Rabia Paralítica en las Américas*. Editada por la O.I.E. 1963.
32. *Peste Porcina Africana*. Editada por Protinal C.A. 1964.
33. *Nutrition et Maladie*. Editada por la O.I.E. 1966.
34. *Influencia de la Sanidad Animal en la economía de la producción*. V Congreso Panamericano de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Caracas. 1966.
35. *Veterinaria Venezolana. Treinta años de fomento ganadero, Sanidad Animal e Higiene Veterinaria*. Editada por Protinal C.A. 1966.
36. *Afecciones Víricas de los Caballos*. Editada por la O.I.E. 1968.
37. *Nuevas estructuras en las Explotaciones Bovinas*. Editada por Protinal C.A. 1968.
38. *Nutrición y Alimentación Animal en Venezuela*. Simposio del Consejo Nacional de Investigaciones Agrícolas. 1969.
39. *Situation actuelle en Amerique latine en ce qui concerne les maladies infectieuses équines*. Editada por la O.I.E. 1969.
40. *Micoplasmosis Aviar*. Editada por la O.I.E. 1969.
41. *Epizootología, Prevención y Control de las Enfermedades de los Animales en las Explotaciones Bovinas. Porcinas y Avícolas de carácter Industrial e Intensivo en Venezuela*. 1970.
42. *La Patología Aviar a través de la Oficina Internacional de Epizootias*. 1970.
43. *Leucosis de los Bovinos a través de la Oficina Internacional de Epizootias*. 1970.
44. *Problemas de Enfermedades Nutricionales*. 1970.
45. *Recopilación Documental sobre la Ponencia: "Problemas de Enfermedades Nutricionales"*. (1.461 referencias revisadas). 1971.
46. *Patología Infecciosa del Caballo*. Editada por la Federación de Colegios de Médicos Veterinarios de Venezuela. 1971.